

# Movimiento feminista

María Elena Oddone

## La utopía de la igualdad

**E**n toda reunión de mujeres con temas que les son específicos, surge la igualdad como meta codiciada y se discuten las estrategias para conseguirla. En la reciente Conferencia Interamericana-Democracia en las Américas, realizada en esta ciudad entre el 24 y el 28 del mes pasado, el tema de la igualdad fue central en las deliberaciones. Es explicable que habiendo sido privadas de derechos desde los comienzos de la historia, las mujeres se hayan propuesto alcanzarlos y que sean los mismos derechos de los que gozan los varones desde mucho antes. Otra cosa es la igualdad, y es en este punto que los conceptos se mezclan y se confunden.

Para el feminismo del siglo pasado y de los primeros años de éste, la posible igualdad a conquistar venía de los derechos civiles, que autorizaban a la mujer a disponer de su salario y de sus bienes heredados, y de los derechos políticos, que le permitían votar y ser elegida. Aunque esto último es poco practicado. El nuevo feminismo de los años '60 y '70 dio un paso más allá. No bastaba con los derechos formales sino que era preciso ir a las raíces de la situación inferiorizada de la mujer, en especial de la división sexual del trabajo y su mismo núcleo, la estructura familiar de orden patriarcal. Eso quiere decir que la igualdad no es simple cuestión de derechos sino igualdad de roles sociales.

El nuevo feminismo ya no acepta como mujer emancipada a la que tiene los mismos derechos, incluso la misma educación y oportunidades de empleo, sino que

exige simetría en las actividades profesionales y también en la división de tareas dentro de la familia. El problema de la igualdad se ha complicado, porque implica el cuestionamiento de la estructura y de la infraestructura de la sociedad. No es un problema sólo de las mujeres, es un problema que involucra también a los hombres y a las normas que han instituido y que, por lo visto, no tienen ningún interés en modificar.

Por eso, reuniones como la Conferencia Interamericana-Democracia en las Américas, que comentábamos en el número anterior, no contribuyen a modificar nada, puesto que las mujeres participantes, de treinta y cuatro países americanos, son una minoría privilegiada, culta y solvente económicamente, que aspira a una igualdad con los hombres que jamás pueden alcanzar los millones de mujeres que no tienen los privilegios de ser educadas como ellas. Escuchándolas se tenía la impresión de que la desigualdad tiene su origen en factores externos a las mismas mujeres, como la discriminación, los salarios más bajos, la falta de educación y capacitación, y no se dijo nada de los otros factores que provienen de la desigualdad de las funciones que desarrollan los hombres y las mujeres.

### • Funciones desiguales

Existe una situación de hecho. La gestación y la lactancia ocupan no menos de 12 meses en la vida de una mujer y son funciones intrasferibles. Eso no justifica la marginación de la actividad laboral por muchos años, a veces para siempre. El feminismo ha señalado el trabajo doméstico sin salario como la explotación más numerosa y la más destructiva de todas las que existen en un mundo donde la clase trabajadora ha conquistado leyes sociales desde hace un siglo. Las amas de casa continúan trabajando gratis, sin leyes que las protejan y sin sindicarse. Para la mujer que sale a trabajar fuera de su casa, el panorama no es alentador, tiene salarios más reducidos y no se exime de trabajar también en su hogar.

Si una mujer pretendiera establecer la igualdad en su relación de pareja es muy posible que no lo consiga, porque no podría obligar al marido a reducir sus horas de trabajo para que se haga cargo de las tareas hogareñas. Y si ambos trabajan en los mismos horarios, las dificultades surgirían al regreso, si el marido alegando fatiga prefiere descansar viendo televisión. Ella haría doble jornada y él una sola, que es lo que pasa en la ma-

yoría de las parejas.

Las crisis económicas, que son comunes a todos los países, sean pobres o ricos, han provocado un proceso involutivo que hay que tener en cuenta cuando se habla de igualdad, porque la escasez de empleos no permite la opción de trabajos y en muchos casos resulta más económico que la mujer se quede en casa a pagar una empleada y la doble escolaridad de los chicos. Exigirle a una mujer que lleve hasta el fin la defensa de su autonomía, en tiempos de crisis económica y encarecimiento de la vivienda, es ponerla entre la espada y la pared, y es muy posible que elija la espada y niegue su opresión y dependencia del hombre.

Estoy tratando de decir con esto que cuando se habla de la igualdad hay que ir con pies de plomo y no hacer discursos muy floridos pero en el fondo muy abstractos. Se hace necesario analizar cuidadosamente la situación, fijar plazos y ritmos, para pasar de una política utópica a un reformismo realista, siempre exasperante en su lento avance pero menos abierto a la posibilidad de derrotas frontales o desencantamientos desmovilizadores.

Los éxitos alcanzados por el feminismo en los últimos treinta años, sobre todo en cuestiones de leyes han hecho pensar que si hoy en-

contramos tantas dificultades, pese a las leyes, es porque se ha fracasado. Esa visión pesimista no resiste el análisis. Muchas mujeres que piden ayuda por ser maltratadas, y continúan luego junto al hombre que las maltrata. Obligadas a elegir entre una mala familia y la pobreza, la soledad o simplemente una vida austera y de trabajo duro, prefieren lo primero. Los cambios propuestos fueron tan rápidos que no han dado tiempo a las mujeres a cambiar su escala de valores, en la que los afectos estaban en los primeros lugares y los éxitos profesionales en los últimos.

Nadie puede garantizar que la felicidad está en la libertad. Es obvio que la libertad (condición imprescindible para la igualdad) conlleva el riesgo, la inseguridad, la necesidad de optar y el peligro de equivocarse y soportar sola las consecuencias de los errores. La libertad significa muchas cosas menos comodidad. Por todo esto hay que tener cuidado al fijar las metas que una mujer debe adoptar para llegar a la igualdad. Si esas metas se ponen muy altas pueden tener un efecto negativo, conduciendo al desánimo y a la pasividad, incluso al conservadurismo, a mujeres que en otro caso podrían haber defendido su autonomía personal, haber desarrollado una visión del mundo más libre.

y emancipadora.

El problema no es cómo concebimos la sociedad ideal del futuro y la utopía de la igualdad de los sexos, el problema es qué metas inmediatas ofrecemos a las personas para que compartan el sueño de esa utopía. Cuando se apuesta a la libertad es preciso tener una clara determinación de pagar el precio correspondiente, en términos de infelicidad e inseguridad y muchas veces en términos de soledad. Pero ésa no es una razón para dejar de lado, como un simple sueño, las aspiraciones de libertad e igualdad, también en las relaciones de pareja. Es, por el contrario, una razón para hacer esa apuesta con plena conciencia de su precio, para saber lo que somos capaces de exigirnos y exigir a las demás.

### • Igualdad vs diferencia

El socialismo predicó el sueño de una sociedad igualitaria y fracasó. La Iglesia católica dice que todos somos hijos de Dios, pero solamente los varones pueden officiar el culto. Las doctrinas políticas prometen al pueblo la felicidad y también fracasan. El feminismo no promete un jardín de rosas. Vindica la diferencia, el derecho a ser diferente, a pensar diferente y a vivir de acuerdo con el gusto de cada uno, porque la naturaleza nos hizo a todos diferentes, singulares, únicos. Sería más exacto reemplazar el concepto de igualdad por el de respeto a la individualidad y a la diferencia. Ser diferente no es ser inferior ni superior, y la igualdad es una abstracción. El respeto a la libertad debe ser la meta. □